



No hemos provocado la guerra; pero la seguiremos hasta vencer definitivamente a nuestros enemigos

El esfuerzo del pueblo español ha sido calificado—y con razón—de maravilloso por el Presidente de la República. «Ocurrió el hecho maravilloso—ha dicho—de que el pueblo entero se puso a sustituir, a reemplazar a aquellos órganos del Estado que habían caído en inutilidad o en rebelión. El pueblo entero, de acuerdo estrecho con su Gobierno, con la representación del Estado, tomó las armas para defender su libertad y su República.»

He aquí el hecho cardinal de nuestra resistencia al enemigo, de nuestro ardor de combate frente a los que se sublevaron contra el legítimo Gobierno del pueblo. Pueblo y gobernantes, fundidos en una sola finalidad, la de salvar de cualquier ataque la libertad y la justicia social, han reaccionado, violenta y magníficamente contra los enemigos seculares de toda idea de equidad.

Con palabras llenas de serenidad y nobleza, el Presidente de la República ha expresado el íntimo pensamiento de todos los españoles dignos de tal nombre: «Cuando se hace la guerra—que es justa, incluso para quien la gana—, hace falta una fortificación moral de primer orden, que sea inatacable, que sea indiscutible, y de estos hechos se deduce lo inatacable de nuestra posición. Nosotros hacemos la guerra porque nos la hacen.»

Los hombres de nuestro régimen no han querido la guerra; han procurado en todo momento evitarla, porque, conscientes de su responsabilidad, no han querido echar sobre sí el triste tributo de la muerte en los campos de batalla. Mas atacados en peligro los más preciados principios de nuestra República, los hombres libres de España han empuñado las armas, dispuestos a imponer, por la fuerza, lo que por razón y justicia no podía ser arrebatado. No somos un pueblo que, rebasando los límites de una sociedad justa y organizada, pretenda llevar más lejos sus anhelos revolucionarios. Somos, por el contrario, un conjunto de hombres que defienden su libertad, su personalidad, con plena conciencia de sus deberes, con absoluta noción de su responsabilidad ante la Historia.

Nosotros no provocamos la guerra; se nos llevó a ella porque se atacaron nuestros más preciados e inalienables derechos. Heridos en lo más íntimo de nuestros sentimientos de hombres libres, nos alzamos contra el crimen, el atropello, la tiranía, la arbitrariedad. Una vez en el sendero bélico, llegaremos hasta donde sea preciso. Pero que conste, para conocimiento de cuantos lo ignoren o finjan ignorarlo, que el pueblo español lucha para repeler una agresión injusta, monstruosa, atentatoria a la dignidad colectiva, impugnadora de los elementales derechos de ciudadanía.

No quisimos la guerra; pero la aceptamos y la seguiremos hasta el fin, con todo el coraje de quien se ve agredido injustamente, con toda la fe y con toda la perseverancia que nos impone la necesidad de vencer a nuestros enemigos, adversarios impenitentes de la libertad humana, la justicia social y la dignidad de la ciudadanía.

Defendiendo los derechos de éstos, defendemos nuestra misión histórica ante el mundo entero, espectador de la contienda desencadenada por las ambiciones de un puñado de españoles indeseables y ayudada—con aportaciones materiales considerables—por las potencias que pretenden adueñarse del mundo.

Venceremos porque, según la frase ya famosa, fiel trasunto de la realidad, «somos los más y los mejores». Venceremos porque en la Historia se comprueba que jamás los pueblos pueden ser derrotados por sus verdugos.

Trabajo de los comisarios

La campaña contra el juego

Entre las tareas de orden cultural encomendadas a los comisarios delegados de Guerra, una de singular importancia es la que se refiere a la lucha contra el vicio. Ya en días anteriores nos hemos ocupado de esta labor refiriéndonos, entonces, concretamente, al del alcoholismo.

Siguiendo ese trabajo, hoy nos ocuparemos de otro no menos importante: el del juego. Nos creemos relevados del deber de argumentar sobre la conveniencia de esta campaña, cuya trascendencia salta a la vista. Basta que destaquemos la más frecuente de la consecuencia de esta censurable actividad—las riñas—para comprender el enorme trastorno que puede producir en la vida de la unidad.

Es frecuente—casi obligado—que las partidas de juego terminen con diferencias que inmediatamente se traducen en reyertas o, cuando menos, en enemistades.

Este hecho—sus resultados—basta por sí solo para hacernos comprender que es, para nosotros, un deber inexcusable combatir con todas nuestras fuerzas el vicio del juego. Estando dispuestos a hacer de nuestro Ejército una unidad perfecta, es elemental deber extirpar de raíz todo cuanto pueda estentar contra el espíritu unificador que nos anima.

Varios compañeros comisarios que se dieron perfecta cuenta desde el primer instante de la misión que le fue conferida, han llevado a cabo una intensa campaña en relación con el asunto que nos ocupa, campaña que les ha producido siempre satisfactorios resultados.

Todos los comisarios de Guerra deben dedicar su máximo esfuerzo a esta labor de saneamiento, estableciendo una vigilancia intensa y constante, después de haber planteado a la unidad la necesidad de que todos contribuyan al logro de nuestros deseos.

Quando por medio de esta vigilancia se sorprenda a algún grupo jugando, el comisario debe coherer el dinero, destinándolo a cualquier suscripción pro heridos o huérfanos. A esto no podrán oponerse, y es evidente que habremos dado un gran paso para que desaparezca el juego.

Deberes y deberes de los milicianos del reciente Ejército popular

Camaradas: Es frecuente oír entre los camaradas soldados expresiones como éstas: «No hay derecho...» «Todos tenemos derecho...», frases que caen como balas en los corazones de los que comprenden a la perfección lo que significa esta lucha que sostenemos contra el fascismo internacional.

Esto debe desaparecer inmediatamente. Tú, camarada, sabes como yo los derechos que te corresponden; tú sabes igualmente que en estos momentos críticos no debes hablar de derechos mas que lo estrictamente indispensable, y si debes toda esa tenacidad para el mejor cumplimiento de nuestros deberes, que son ilimitados.

Y como ha dicho nuestro diario VANGUARDIA que tenemos que ser soldados conscientes, vosotros, camaradas, debéis reflexionar acerca de esto y, como consecuencia, dedicar vuestro esfuerzo al cumplimiento de nuestro deber, con la seguridad de que así llegará antes el final de esta guerra de independencia, a la que seguirá un periodo de felicidad sin cuento.

P. Martínez.
Del Batallón Galindo.

Honradez y limpieza moral

¡Soldados, combatientes! ¿Habéis pensado ya en que los mejores propagandistas de nuestras ideas, en que los mejores defensores de nuestras opiniones son vosotros? Sí, vosotros. El periódico tiene un efecto momentáneo, se lee, se tira, se olvida el artículo que se ha leído una hora antes y que pareció muy bonito, muy sensato, muy justo. El orador se marcha; su voz se apaga en seguida y el recuerdo de sus palabras pierde intensidad. Pero el efecto de vuestras acciones es constante.

Vosotros vivís, vosotros actuáis. Vosotros obráis bien o mal. Y esas vuestras acciones constantemente tienen testigos, que están al acecho, que los consideran con espíritu crítico, que la juzgan, y de esos juicios sacan el juicio definitivo que han de formar sobre todos nosotros, sobre toda la obra nuestra.

¿Habéis pensado alguna vez, combatiente, que la mala acción que has podido cometer, no sólo te ha perjudicado a ti, sino que ha perjudicado a todos tus compañeros? Poca cosa es robar una gallina; a lo menos así podría parecerse. Robar una gallina, romper unos cuantos muebles para calentarse...

¿Poca cosa? No, es una mala acción. Comerás la gallina, los muebles arderán. Habrás saciado tu hambre y calentado tus miembros; quizás hubieses podido hacerlo sin haber robar la gallina, sin haber quemado los muebles de una pobre gente. Pero, sobre todo, has hecho mal, porque te has presentado como un ladrón, porque te has servido de tu autoridad para despojar a gentes humildes, como tú, porque con tus acciones habrás hecho que te odien, que te desprecien y que te desprecie, ese odio, ese desprecio, ese odio, se extienda a todos los que llevan el mismo uniforme que tú, a todos los que luchan a tu lado.

Mucho cuidado, miliciano. Tienes dinero, paga; no basta pagar, hace falta retribuir, tratar con camaradería al camarada campesino. Es un camarada como tú. Si no estás del todo convencido, si le ves dudar en algo, convéncele. A ti te toca llevarle, hablarle, como a un amigo, como a un hermano. Tiene otras actividades que las tuyas; no conoce sus problemas; buena ocasión de aprenderlos, de darle cuenta de todo el trabajo, de todo el cuidado que es necesario para llevar a bien la labor del campo, para que la tierra produzca lo que es necesario, lo que te es imprescindible. Buena ocasión para que te des cuenta de todo cuanto le debes por su esfuerzo constante y abnegado, por su labor oscura y olvidada. Entonces, te darás cuenta que no le puedes despreciar, que no le puedes tratar de cualquier modo; que en el engranaje de la economía nacional, el campesino es tanto como el obrero de la ciudad; que en el engranaje de los factores de la guerra, la labor del campesino vale tanto como la del miliciano.

Y si «comprender es amar», como decía Goethe, entonces le amarás como a un hermano, y él te amará también, y le comprenderá, y habrá conquistado a nuestras ideas un factor importante; habrás ganado el corazón de muchos seres. Honradez y limpieza moral. He aquí el lema de nuestras milicias. Que nunca, nadie pueda decir que te has portado mal, que has faltado a tus deberes de hombre leal, al deber de hospitalidad y respeto a la casa ajena. Que nunca puedan decir que te has burlado, cuando hubieses debido de tratar de comprender; que has negado tu ayuda moral o material a quien la necesitaba. Si, conquistarás para ti y para el pueblo, para las milicias y para las ideas que defienden, el respeto y el amor de todos. Con honradez.

También por ellos, miliciano...

Compañero, ¿qué edad tienes?

«Veintitrés, veintidós o veinte años? No has pensado nunca en lo que sería tu vida si te encontrases en Burgos, Salamanca, Zamora o Sevilla? ¿Crees que vivirías? Si has sido un destacado militante de tu organización en el pueblo, ten la seguridad que no, y si eras uno más entre tantos, o bien estarías escondido y pesando mil calamidades por el solo hecho de tener un carnet sindical, o te habrías enrolado, a la fuerza, en alguno de esos carcomidos y repugnantes Sindicatos creados por la C. E. D. A. y Falange Española, en contra de la clase obrera, de ti mismo; o estarías en el frente de ellos, mal comido y peor vestido, tirando tus balas hacia el mismo lugar en que ahora, defendiendo la independencia y la libertad, te hallas.

¿Qué diferencia, soldado del pueblo, compañero, que al otro lado, con los fascistas, forzados por ellos

en la guerra como tú lo eras en el trabajo, se encuentran hermanos tuyos que, con una pistola a la espalda, se ven obligados a combatir contra la causa misma que ellos sienten, que tú, ¡dichoso!, puedes defender!

Piensa en ellos, camarada, y cada vez que entres en combate, no olvides que luchas por rescatarlos, que tu fusil es una de las numerosas llaves que tiene ese grande y hermoso fuerte de la Libertad. También luchas por ellos, camarada. ¡Tú puedes liberarlos!

Rogamos encarecidamente a los compañeros responsables de los periódicos editados por las diversas unidades del Ejército popular, que nos remitan la colección completa de dichas publicaciones y cinco ejemplares de cada número que de ellas aparezca.

Los envíos deben hacerse a la Redacción de VANGUARDIA, plaza de Nules, 2, Valencia.



«Sépalos el mundo entero y sépanlo los españoles todos, los que combaten a un lado y los que combaten al otro: nosotros hacemos la guerra por deber, y en el cumplimiento del deber estamos dispuestos a persistir con tanto tesón como sea necesario para conseguir nuestro fin.»

(Palabras del Presidente de la República.)

Discursos de victoria

Azaña y Vayo en la escena del mundo

Vivir por vivir es una negación. Por eso, nuestro pueblo, que ha sabido siempre hacer historia, prefiere perecer con gallardía majestuosa a vivir como hoja seca a merced de todos los vendavales contrahumanos.

Supo parecer que el pueblo español tenía atrofiadas sus fibras sensibles y que se conformaba con llevar una existencia balcánica, sanchopancesca, y no; el pueblo ibérico pasaba su invierno histórico recogido en su miserable choza, aguardando a que la savia de la primavera hiciera florecer su fatigado espíritu. Y aquí está. En julio comenzó la poda de sus ramajes atrofiados, desgajados de un tronco biológico, y prosigue en la faena cada vez con más ardor.

Es que alguien pudo haber pensado lo contrario? ¡Pero si España está plétorica de jugo, es tierra nueva y corren por sus arterias raudales de ilusión y de genio!

Oyendo el último discurso de Su Excelencia el Presidente de la República, nuestro ilustre pensador nacional señor Azaña, la sangre afluyó a mi corazón haciéndole palpar con emoción inusitada. Discurso magistral, jurídico, literario y políticamente impecable; discurso vigoroso y conmovedor, que viene a decirnos cómo hay que elevar el espíritu por encima del lodazal de las pasiones para llegar con el limpio ante la Historia.

Así se habla, así se educa, así se dirige a un pueblo hacia la meta de su felicidad, por los márgenes impecables, por los senderos del alma y de la sabiduría. No como ese parlanchín del lenguaje escatológico, Queipo del Llano; no como ese zalameiro cretinote, Franco, el hipocrita... ¡Traidores! ¡Miserables!

El discurso de nuestro sabio primer magistrado ha sonado en los ámbitos del mundo como el eco de la justicia; rasgó las tinieblas de la oscuridad y, como un rayo, iluminó el panorama.

Dicho bien y sentido noblemente, el discurso de Su Excelencia pasará a la Historia orlado de enovios.

Por otro lado, se alza en la tribuna universal de la justicia la voz noble y sincera de nuestro gallardo ministro de Estado, camarada Vayo. Vayo es—¿quién lo discute?—el primer diplomático español que en los últimos siglos ha hecho sentir a España fuera de sus fronteras. Vayo es nuestro más ilustre

diplomático. Sorprende su dinamismo, su rápida concepción de las cosas y nos conmueve con la firmeza y sinceridad de sus actitudes, frente a la jauría capitalista que trata de devorarnos.

Espíritu elevado, mira objetivamente los problemas desde una altitud vedada a los cerebros sin alas de los reaccionarios. Espíritu creador y generoso, lleva en sí la convicción científica, filosófica, de que defiende una causa noble contra los apetitos innobles de los conquistadores...

Los discursos del camarada Vayo son, como el último del señor Azaña, discursos de esperanza, de afirmación de la victoria.

Con hombres como ellos, que así saben hablar al mundo, no es posible que España pueda perecer. Porque estos discursos no son simples ristas de palabras, no; son descargas eléctricas que producen

hechos, que iluminan aún más esta floreciente primavera de nuestra Historia.

Yo, que más de una vez me sentí en el extranjero avergonzado de ser español, porque sólo vergüenza y descrédito nos producían nuestros diplomáticos, caducos e inmorales, hoy no puedo menos que sentirme conmovido por mi condición hispánica, aunque, claro, sin dejar de ser un átomo del mundo.

¡Qué alegría da ser español en esta España, patria universal de los hombres libres! En esta España que comienza a florecer en una primavera que dulcificará la vida de todos los parias del universo.

Azaña y Vayo saben representar a esta España magnífica en la agitada escena del mundo con sus discursos enérgicos y plétoricos de pensamientos altivos y generosos.

Enrique Lumen

La disciplina no puede ser un tópico más

La experiencia nos está demostrando, a los seis meses de guerra por nuestra independencia, qué es lo que hay que hacer para conseguir la victoria. Es ahora, justamente, cuando con más motivo podemos afirmar que seremos invencibles. Hemos eliminado a este respecto todo lo malo que había entre nosotros en los primeros meses de lucha. Aquella indisciplina constante en ciertas partes de determinadas milicias, que permitía acudir al frente y retirarse de él cuando los caprichos o las veleidades de unos pocos lo imponían, no se producen actualmente en nuestras filas. Como tampoco aquella conducta inculcable de los falsos milicianos que, al socaire de la guerra y de un lenguaje muy revolucionario, hacían víctimas a los pequeños campesinos, a los industriales modestos e incluso a los elementos trabajadores, de su afán destructor, que siempre—extraña coincidencia—reservaban para los hombres de la retaguardia más o menos cercana, mientras que en las líneas de fuego permitían que el enemigo avanzara kilómetros y más kilómetros.

Faltaba—he aquí el motivo fundamental de cuanto queda señalado—una disciplina, una organización. Y, naturalmente, cuando falta esto, la guerra no puede ganarse. Por el contrario, lo que se hace es ir creando, en nuestra propia retaguardia, los elementos capaces de, en un momento determinado, hacer causa común con el enemigo y atacarnos en la forma más grave que puede registrarse en una guerra civil: con el sabotaje en la producción, con el espionaje, con la desmoralización mediante campañas tendenciosas de bulos.

Hoy, afortunadamente, todos estos defectos han sido eliminados. Comienza a existir ya en nuestro Ejército popular el mando único, que tantas veces hemos pregonado, y la disciplina férrea que se ha señalado repetidamente como base de la victoria. Pero aún quedan quienes consideran que la disciplina no pasa de ser una frase, casi un tópico. Contra esto queremos poner en guardia a los combatientes. Se habla mucho de disciplina, es cierto. Pero cuando así se hace es porque se tiene el convencimiento de que sin ella será imposible la victoria. Las consignas y las frases, a fuerza de repetirlas, acaban por no hacer mella en la mente de los que luchan en el frente o en la retaguardia. Por eso es preciso que en el caso concreto de la disciplina, se siga un camino más práctico que el seguido hasta aquí. No hablar tanto de disciplina; hacerla. No decir sólo que es indispensable para la victoria demostrarlo con hechos. En la guerra surgen a diario ejemplos que pueden destacarse a los combatientes como modelo a seguir. Por lo que a disciplina se refiere, tenemos a mano uno del reciente: la toma de Cerro Rojo. Si nuestros combatientes hubieran seguido el procedimiento absurdo de los primeros días: «Yo no puedo porque estoy enfermo.» «Yo me marcho a Madrid porque mi compañera está sola.» «Me voy de permiso porque estoy cansado.» Cerro Rojo sería de los fascistas todavía. Y aún más: Madrid habría caído ya en poder del enemigo. Pero nuestros heroicos defensores de Madrid han comprendido que ése no es el camino. Hay que vencer y a ello se disponen. ¿Cómo? Con disciplina. Ha sido, principalmente, la disciplina la que ha puesto en manos de nuestras tropas esta pequeña victoria. Y será la disciplina, ¡quién lo duda!, la que dará el triunfo definitivo al Ejército popular.

Frente a nosotros tenemos un enemigo que ha tenido tiempo en el transcurso de los años de saber lo que es la disciplina. Para combatirle, habrá que usar de sus mismos procedimientos. Pero téngase bien presente que la disciplina, para nosotros, no tiene idénticos caracteres que en el Ejército invasor. Fuera de los instantes de combate, todos, soldados y jefes, son camaradas; pueden, incluso, discutir el acierto o el error de los mandos. Pero a la hora de la lucha, el jefe es jefe y el soldado, soldado. Es así como nosotros entendemos la disciplina, que no puede ser, ni mucho menos, un tópico a esprimir en artículos y discursos mitinescos, sino una realidad tangible que nos conduzca a la victoria rápida sobre el fascismo invasor de nuestra patria.



En los campos de España se juega la suerte de las democracias europeas

LA VOZ DE ESPAÑA

Una conferencia del camarada Alvarez del Vayo

La voz de nuestro ministro de Estado ha sonado una vez más fuerte en las fronteras para desahogar los deseos de los españoles. En esta ocasión, el ministro ha ido al Círculo Internacional de París, y el arma, una conferencia.

El camarada Alvarez del Vayo, en el curso de su peroración, ha puesto de manifiesto el desahogo con que los fascistas alemanes e italianos disfrutaban a nuestro pueblo. Comenzó explicando los orígenes internacionales de la rebelión de los generales españoles, sobre los que ejercieron una particular influencia las teorías de opresión y dominio divulgadas por Hitler en el libro «Mein Kampf», brevario de los que han desatado sobre nuestro suelo esta ola de barbarie.

A continuación puso de manifiesto la campaña del «nazismo», que ha intentado azuzar al mundo contra nosotros, esgrimiendo el espectro rojo, y afirmando que en el campo de los «trojes» reinaba el caos. A este respecto, el camarada Alvarez del Vayo dijo: «En España, todas las diferen-

cias de ideología desaparecen hoy unidas por la sola voluntad de ganar la guerra. Surge un patriotismo en carne viva ante el ultraje que representa el empuje de fuerzas mercenarias marroquíes y el desembarco constante de miles y miles de «voluntarios» alemanes e italianos. Este ultraje está dando al antifascismo español una cohesión de granito. La España que se bate por las libertades nacionales y por la paz de Europa es una democracia cien por cien, que saldrá de la dura prueba actual con una trayectoria histórica más clara y fuerte que nunca».

Trasladando después de la política internacional del Gobierno republicano, recordó que hasta la proclamación de la República fue siempre «mezquina» y «guerra exclusiva» por los intereses particulares y personales del régimen, y que fue solamente, una vez que el pueblo había eliminado al régimen de opresión tradicional, cuando España comenzó a tener una política exterior, que quedó de manifiesto ante el conflicto italoalbanés.

La España republicana, agregó el Sr. Alvarez del Vayo, «objetó hoy del furor musulmán, paga ahora, en parte, su lealtad de entonces a los principios de seguridad colectiva y a la causa general de la paz. El eje Berlín-Roma adquiere de pronto en Burgos la base necesaria para poder cubrir un extremo de Europa desde el cual dictar sus políticas a las democracias occidentales. Los Estados fascistas han sabido así valorar las posibilidades de España como un factor importantísimo del porvenir de Europa».

El ministro de Estado español, para examinar la importancia que habrá de tener España de ahora en adelante como potencia militar, y dijo:

«España saldrá indudablemente de la contienda, cualquiera que fuera el desenlace, como una potencia militar. Si ganase Franco, porque sólo a través de un aparato militar fuerte podría sostenerse, en medio de la hostilidad de todo un pueblo. Incluso hoy, en las propias regiones dominadas por él y bajo un régimen de terror brutal, necesita, a los seis meses de rebelión, recurrir diariamente a ejecuciones sumarias para contener el movimiento contrario de la población. Además, sus aliados fascistas impondrían, a fin de sacar todo el fruto posible a su colaboración actual, la creación de un Ejército, de una aviación, de bases navales que emplear en su política de guerra».

No hay quien pueda dudar de que es nuestra la victoria. Pero la experiencia de estos seis meses, en que un puñado de generales traidores a su propio país puede prolongar la infamia más grande cometida contra el pueblo español, solamente gracias al apoyo de los Estados fascistas, no la olvidaremos fácilmente. En cuanto a esa España militarmente fuerte en un caso o en otro, ¿al servicio de quién va a estar?

Mientras algunos sectores de los países democráticos parecen creer que la mejor política de paz es una política de capitulación y pretenden salvar su responsabilidad diciendo que la guerra civil española es un asunto de los españoles mismos, el fascismo internacional más brutalmente realista, responde a esta pregunta: «¿Al servicio?» Y como gente seria que pretende ser, han comenzado ya por establecer la servidumbre de hecho. Han visto, con razón, desde el primer día, en el problema español, un problema eminentemente internacional y han sabido aprovechar todas las debilidades aje-

nas. En Marruecos, por ejemplo, son aún los generales rebeldes los que aparecen externamente en sus puestos de mando, pero la germanización creciente del territorio del protectorado está bordanando, poco a poco la cruz svástica sobre el blanco albornoz del jefes. En Baleares se ha echado demasiado ostensiblemente el conde Rosell, pero han quedado sus servidores. En las Islas Canarias, más olvidadas, los técnicos navales trabajan activamente, pero sin hacer más ruido que el necesario».

A modo de conclusión de esta parte de su conferencia, Alvarez del Vayo añadió: «Cuando se dan garantías por aquellos que han hecho de la violación de los tratados la regla de su política internacional, y se reciben con un suspiro de tranquilidad, se olvida que para los efectos prácticos y desde el punto de vista de amenaza para las democracias occidentales equivale lo mismo «creación anexional» que «zona de influencia».

«La España de mañana estará al servicio del fascismo internacional, cuya proyección dirige contra la existencia misma de las democracias occidentales o al servicio de la seguridad colectiva y de la paz en una política perfectamente perfilada y definida, en inteligencia, en primer término, con los intereses de Francia y de Inglaterra.» «Ella ahí», exclamó, poniendo término a su conferencia el ministro de Estado «el aspecto fundamental del problema. Y como yo no he querido sino señalar los elementos esenciales de la cuestión, ponga fin a vuestra benevolencia, agradeciendo encarecidamente vuestro gentil interés al venir esta noche a oír la voz de la España republicana, que se bate y se desahoga, no sólo por ella misma, sino también por todos vosotros».

Subcomisariado de Propaganda

Jefatura de Expediciones de Madrid

Camaradas comisarios:
En nuestro interés por cumplir a satisfacción con la misión que se nos ha confiado, hemos de insistir hoy en manifestaros nuestro empeño por lograr que no quede un sector sin que se reciba nuestro material de propaganda.

Vosotros estáis en la obligación de ayudarnos en nuestro cometido. Haced de poner vuestro máximo interés en prestarnos vuestra valiosa colaboración. Tenéis que estar al tanto de las necesidades de vuestro sector, en cuanto a propaganda se refiere. Haced de comunicarnos vuestra impresión en todo lo relacionado con el servicio de Prensa y propaganda, y podéis estar seguros de que, por nuestra parte y con arreglo a las posibilidades, haremos de dar soluciones inmediatas a vuestras demandas. Tendréis buen cuidado de no confiar vuestros deseos a nadie que no sea persona avalada por este Subcomisariado y a la vez por esta JEFATURA DE EXPEDICIONES.

Confíadme a un cualquiera en estos momentos, a más de no conseguirse nada práctico, lleva aparejado el ocasionarnos a todos perjuicios de difícil solución por el momento, y como es consiguiente, sufran una demora en solución, que consideramos debe ser todo lo más rápida posible.

La lucha en el sector Centro

Sin novedad en los frentes de Madrid. -- Actividad de nuestra gloriosa aviación

Continúa la calma en los distintos sectores del frente de Madrid. La noche ha transcurrido en los frentes casi sin que se registrase operación alguna.

En los sectores de la Ciudad Universitaria, la Casa de Campo y los Carabanchales, ha habido algún tiroteo, bombas y morteros, pero sin consecuencia alguna. Buena parte de la escasa actividad registrada correspondió a la iniciativa de nuestros combatientes.

Igual puede decirse de los sectores del frente más alejados de la capital.

En cambio, la artillería ha con-

tinuado su actuación durante toda la noche. La artillería fascista dirigió algunos tiros contra la capital, causando algunos daños materiales en ella.

La aviación real bombardeó repetidamente, anoche, las trincheras y las posiciones enemigas de retaguardia. El bombardeo, al parecer, ha dado buenos resultados.

Esta mañana han continuado los heroicos aviadores de la República castigando las posiciones rebeldes en los frentes de Madrid. La vigilancia aérea sobre la capital es constante e impide que la aviación rebelde se aproxime a ella.



Por qué lucha el pueblo español

El Presidente de la República, don Manuel Azana, ha tenido la gran virtud, en su discurso en el Ayuntamiento valenciano, de señalar claramente los orígenes y el carácter de la lucha heroica que hoy sostiene el pueblo español. Su palabra, serena, reposada y, a la vez, enérgica, ha puntualizado, en forma tal que no quedará lugar a dudas a través de nuestras fronteras, los anhelos del pueblo antifascista. «No luchamos», vino a decir el ilustre jefe político—por el comunismo. Esto es una enorme tontería si no fuera una maldad. Nos batimos todos bajo la bandera republicana, por la independencia de España y por la libertad de los españoles, por el derecho del pueblo español a disponer libremente de sus destinos.» Ese es, justamente, el carácter de nuestra lucha. Si hay quien crea, a estas alturas, que la guerra española ha de servir para que se impongan estos o aquellos principios sociales o políticos, es porque permanece ciego por completo a los orígenes y desenvolvimiento de nuestra lucha.

Por eso, todo con codo, luchan en las trincheras de la libertad de España socialistas y comunistas, republicanos y anarquistas. Juntos están oponiendo sus pechos a las balas del fascismo invasor. Y juntos tendrán después, como acertadamente apuntaba el Presidente de la República, que entregarse a la ardua tarea de reconstruir a España después de conseguida la victoria sobre el invasor extranjero.

No ha sido, a este respecto, el discurso del jefe del Estado la oración doctrinal de un jefe de partido. Por el contrario, su pieza oratoria ha sido la que correspondía a la más alta magistratura de un país que permanece en guerra desde hace seis meses contra un Ejército invasor. De aquí su acierto magnífico, en clara visión de los problemas de la hora actual al afirmar que se precisa una política de guerra lo mismo en los frentes que en la retaguardia, que no tenga más que una expresión: la

No estamos, como alguien erróneamente ha creído percibir, en instante de transformación social, en el desarrollo de una revolución proletaria. Estamos, en cambio, en guerra a muerte, sin cuartel, contra los invasores de España. No es ya, siquiera, una guerra civil, porque no están en lucha un partido político contra otro, una tendencia determinada contra otra. La guerra civil, iniciada el 18 de julio, fue rápidamente vencida. Y ahora, a los seis meses de lucha, se ha convertido ya en una guerra claramente imperialista, en una guerra por la libertad de nuestro pueblo, en una guerra por la independencia de España.

Por eso, todo con codo, luchan en las trincheras de la libertad de España socialistas y comunistas, republicanos y anarquistas. Juntos están oponiendo sus pechos a las balas del fascismo invasor. Y juntos tendrán después, como acertadamente apuntaba el Presidente de la República, que entregarse a la ardua tarea de reconstruir a España después de conseguida la victoria sobre el invasor extranjero.

No ha sido, a este respecto, el discurso del jefe del Estado la oración doctrinal de un jefe de partido. Por el contrario, su pieza oratoria ha sido la que correspondía a la más alta magistratura de un país que permanece en guerra desde hace seis meses contra un Ejército invasor. De aquí su acierto magnífico, en clara visión de los problemas de la hora actual al afirmar que se precisa una política de guerra lo mismo en los frentes que en la retaguardia, que no tenga más que una expresión: la

El campesino es nuestro hermano

Los generales fascistas, traidores a la República y mercederos de la dignidad nacional, para evitar el descontento evidente que existe entre la pequeña burguesía de las localidades holladas por la herradura de Franco, han iniciado una intensa campaña de difamación contra nosotros, propagando especias tan insubstanciales como la de que nuestros camaradas soldados, cuando llegan a los pueblos, asaltan a los comerciantes y a los campesinos, arrebatándoles cuanto poseen.

Frente a esa campaña vil, nuestros comisarios, nuestros oficiales, nuestros soldados, todos los combatientes del Ejército popular, hacen saber a ese campesinado que nosotros, los combatientes de la España auténtica, los combatientes de la España que se enorgullece de su condición de españoles y que se destruyeron a sí misma antes que venderse a los despotas extranjeros, luchamos por la liberación de todos los trabajadores, de

todos los españoles dignos que hasta hoy fuimos víctimas del capitalismo imperialista.

Podemos gritarlo muy alto. Los intereses de esos camaradas que regaron el suelo con su sudor, que trabajaron la tierra en medio de las mil penalidades impuestas por la crueldad de los capitalistas, como los de aquellos otros que trabajaron durante doce y quince horas sepultados en las minas, como los de aquellos otros desahuciados que sufrieron las jornadas de sol a sol, los intereses de todos estos trabajadores, hermanos nuestros en la miseria, los estamos defendiendo con nuestros pechos, con los dientes y con las uñas, con todo el coraje de que es capaz un pueblo que, sobre ser víctima del desprecio de un puñado de explotadores, le han querido hacer objeto de la afrenta de ver invadido su suelo por las hordas mercenarias de los representantes de la barbarie.

El pequeño campesino, como todo el pequeño burgués, ha de saber que el Ejército del pueblo, consciente de su misión, ofrece su vida en el campo de batalla, no para robar a los campesinos, tan pobres como él—lo que sería poner un precio descomunal a su vida—, sino para liberar, para emancipar a todos los que fuimos parias, a todos los que sufrimos el desprecio y la explotación de unos señores que nos trataban como crueles, para buscar los eucros nuevos, para establecer un régimen de libertad y de justicia social.



Nuestro camarada Juan Grande Omena, de la primera compañía del batallón Bautista Garza, nos ha enviado una tarjeta en la que nos da se la comunicamos a través del camarada Cristóbal Grande Padilla, cuyo paradero ignora.

El camarada José Hernández Jiménez, del regimiento de Aragón, número 2, tercer batallón, tercera compañía del frente de Huesca, sector Tardienta, desea saber en el frente que se encuentra el oficial Antón Martínez Rodríguez.

La pasividad de las potencias democráticas ante la clínica invasión de territorios españoles (y sometidos, por los tratados internacionales, al protectorado de nuestro país) por tropas alemanas e italianas, ha producido en nuestro pueblo sorpresa y decepción. «¿Es posible—se preguntan nuestros ingeniosos camaradas—que países de tradición liberal y democrática, como Francia e Inglaterra, se consideren ajenos al pleito que en tierras españolas se dilucida? ¿Es que el resultado de esta contienda sólo afecta a los españoles? ¿Es que el fascismo internacional acabaría su obra en nuestro país sin intervenir en los demás?»

Evidentemente, no le falta razón al pueblo español para asombrarse de la inactividad de quienes, aun cuando no tan directamente de momento, están amenazados por el mismo peligro hecho realidad dolorosa en nuestros campos. El fascismo, al clavar sus garras en España, no lo hace pensando en que ésta sea su última actividad. De poco serviría a los designios fascistas la posesión de nuestra península; es lógico suponer que esa posesión sería la base precisa para ulteriores presas, directamente encaminadas contra otros países europeos.

La anexión de España por las potencias fascistas sería el medio más seguro para la anulación de Francia por el Mediterráneo y el Atlántico y el cierre a Inglaterra de su ruta de la India. Hitler, al pretender el dominio de las costas andaluzas y las del Norte de África, ¿no dirige sus tiros de un modo claro y evidente contra el imperio británico? No podemos creer que el Führer desease esa dominación, simplemente, por el valor intrínseco de nuestros territorios. Antes bien, hemos de pensar que pretende una acción (directa o indirecta) contra las dos potencias que, en el Occidente de Europa, representan con mayor o menor fidelidad las esencias de la democracia.

Alemania viene, desde el escape del Poder por Hitler, pretendiendo una redistribución de territorios coloniales. En forma análoga ha venido actuando Italia, que, por su parte, ha consumado el atropello contra el pueblo etíope.

Y no es justo, a nuestro juicio, que el pueblo español, con sus solas fuerzas, haya de poner freno a las ambiciones de los fascistas, cuando éstos van directa o indirectamente, pero de manera principal, contra Inglaterra y Francia.

De todas formas, el pueblo español proseguirá, cada vez más enérgica y resueltamente, su lucha contra cuantos pretenden reducirle a la situación de esclavo. Mas nos parece inexplicable que los demás países democráticos de Europa no se decidan a salir al paso de las maniobras encaminadas a perjudicar—y aun destruir—sus más preciados intereses.

Una carta de H. G. Wells

Condena la declaración del Gobierno inglés sobre el envío de voluntarios a España

El gran escritor H. G. Wells acaba de dirigir una carta al director del «Times», igualmente firmada por B. D. H. Cole y W. A. Jowitt, de la que extractamos los siguientes párrafos:

«La declaración del Gobierno británico contenida en la nota del 9 de enero, en cuanto a la intención de prohibir la salida de voluntarios ingleses para España, es verdaderamente inoportuna y susceptible de tener deplorables consecuencias en el extranjero. Es tan especialmente lamentable, cuanto que dicha decisión se ha tomado sin asegurarse antes de una idéntica prohibición por parte de los Gobiernos de Alemania y de Italia. La política análoga, seguida en lo que concierne a la prohibición del envío de armas por los buques británicos, no ha llevado a ninguna disminución en los envíos de armas por Alemania e Italia y ha constituido una ayuda efectiva a los generales rebeldes y, al mismo tiempo, un incentivo más para que aquellas naciones continúen su franca intervención.»

Termina diciendo que el espíritu de libertad y de democracia de los ingleses reclama se abstenga el Gobierno de prohibir tales envíos hasta que sea bien patente que las mentadas naciones hayan cesado sus envíos a la España rebelde y a Marruecos.

Diálogo entre soldados

—Se ha convertido este hombre en nuestro mejor amigo. Nos trata como si fuéramos sus verdaderos hijos.

—¿Te acuerdas los primeros días de su llegada, con qué reservas lo acogimos?

—Es verdad. Teníamos dudas, temores...

—¿Tú no le has dado cuenta de la diferencia que hay ahora en el modo para con nosotros?

—Ya lo creo que me he dado cuenta, como que no parecen los mismos...

—¿Todo ello es obra del comisario?

—¿Qué organización pertenecerá? ¿Tú te has enterado?

—No. Ni creo que él lo haya dicho.

—¿Pues que de particular tenida que lo dijere?

—El habla defendiendo al pueblo, condenando la explotación a que nos tenían sometidos los burgueses; de las injusticias que consistentemente éramos víctimas, pero no ha dicho lo que él es.

—¿Sabes cómo nos podemos enterar? Vigilando, cuando los ve por las calles, cuál es el que le es.

—No lo conseguirás, porque los los los.

—¿Pues yo tengo interés en saber si es anarquista, socialista o comunista.

—No explico tu curiosidad; pero, a mí juicio, lo que más me debe interesar es que él siga haciendo la labor que hasta aquí ha hecho. El otro día recordabas la charla que dió sobre el Ejército, y que tuvo mucho más interés por la presencia de los oficiales que asistieron. Decía el comisario: «Estamos haciendo un ejército del pueblo, ejército que no puede tener la menor

semejanza con aquel que desapareció el día 18 de julio, cuando intentó imponerse al pueblo por la fuerza brutal de sus armas.» «El que hoy constituimos, el que está luchando por la libertad y bienestar de todos, ha de ser un ejército del pueblo y para el pueblo.» «Respetaré y velaré por que la nueva organización de vida que el pueblo español se da a sí mismo nadie pueda mancharla.» «Efemos de borrar definitivamente el pasado y construir una nueva mentalidad entre nuestros soldados.» «Hemos de enseñarlos, educarlos, para que vayan asumiendo las nuevas orientaciones que se ha de dar a nuestra economía.» «Los jefes militares han de tener muy presente que el soldado es un hombre que merece todos los respetos y toda clase de consideraciones como soldado.» «Deben comprender que no son una clase superior al resto de la tropa y que si bien ellos, por sus conocimientos y capacidad, dirigen y orientan, los que ejecutan sus órdenes son colaboradores de sus planes, desentendiéndose concepto absurdo y humillante que del soldado se ha tenido.» «Yo no puedo dirigirme a vosotros como militantes de una organización determinada.» «Soy comisario y, por tanto, me está vedado hacer una política de partido; dejaría de cumplir con mi deber si tal cosa hiciera y probablemente vosotros no me lo permitiríais.» «La sociedad que estamos construyendo tendrá características completamente nuevas, humanas y amplias, donde quepan todos los hombres que contribuyamos a crearla.»

Antonio Serrano
comisario de Guerra
de la 8.ª División